

547 páginas en un continuo zarandeo de experiencias y vislumbres. A ello contribuye también esa labor de cosido que constantemente debe ejercer el lector para ir engarzando cada fragmento a las imágenes que vertebran el libro.

Hasta tal punto está conseguida esa fluidez, que la infinidad de citas selectas de grandes obras que recoge el libro, como testimonio del proceso de aprendizaje de ese protagonista en formación, se insertan con extraordinaria naturalidad en el entramado de la novela. Aventurándome un poco, añadiría que la reflexión y el pensamiento aparecen tamizados a través de la entraña, no operan para elevarnos a espacios abstractos, a una verdad firme, sólida, ajena a nuestro estar en el mundo, sino que se enclavan en lo físico, en lo carnal, en todo cuanto tiembla; y aún más: tienen el poder de hacernos entrar en nosotros mismos para diseccionarnos con implacable crudeza.

Y digo esto porque, a medida que seguía la peripecia existencial del protagonista, descubría que esta novela decía mucho de mí; en ella veía reflejados las interioridades y conflictos vitales de mi generación. Estaban ahí los paisajes de mi infancia; la modelación de la sensibilidad en contacto con la naturaleza; los juegos, no exentos de violencia, que nos abrían a la experiencia del mundo. Estaban las relaciones familiares y sociales, marcadas por unas convenciones alienantes; el penoso tránsito de la inocencia infantil a una adolescencia llena de incertidumbres, pero ávida de descubrimientos; el desconcertante amanecer de la sexualidad; el conflictivo desprendimiento de la seguridad de unos valores de pronto extraños y el encaje de otros nuevos en el difícil trayecto hacia la libertad y la autoafirmación como individuos.

La novela me decía también de mi búsqueda de la belleza, del aprendizaje de la vida a través de los libros, de la irrupción del dolor y sus

heridas, del entrenamiento de la mirada para atisbar la luz que se deja entrever a través de las rendijas que se abren hacia el otro lado, hacia ese "sol de los muertos".

En definitiva, el camino de Elías C. hacia su Ítaca particular, el camino como verdadero sentido de la vida, es el de Roberto A. Cabrera en esta novela, pero también es el mío, y estoy convencido que el de cada uno de ustedes, si se avienen a sumergirse en sus páginas.

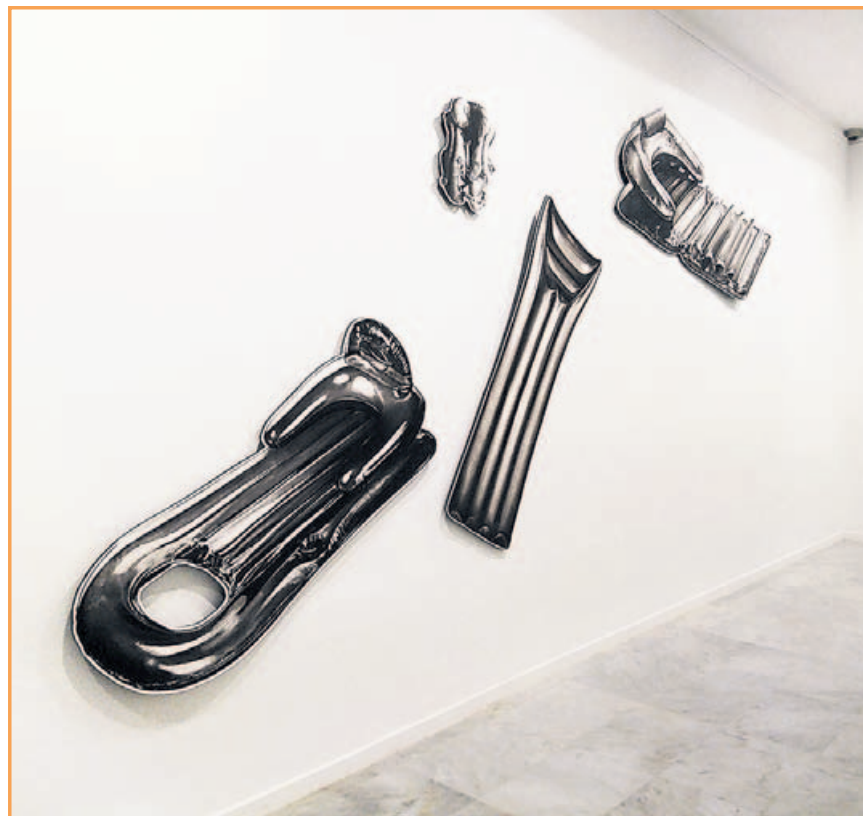
No pretendo con mi lectura aclarar nada, porque este es un libro lleno de dudas y en ellas está también su razón de ser. Sin embargo, Roberto consigue con esta obra que su palabra *diga verdad*, eso que tanta desazón le genera a su protagonista y que expresa a través de esta cita de Proust: "Cada lector es, cuando lee, el propio lector de sí mismo. La obra de un escritor no es más que una especie de instrumento óptico que ofrece al lector para permitirle discernir lo que, sin ese libro, no hubiera podido ver en sí mismo. El reconocimiento en sí mismo, por el lector, de lo que el libro dice es la prueba de la verdad de éste."

Yo me he reconocido en este espejo, y por eso me atrevo a asegurarles que *Bajo el sol de los muertos* los guiará hacia el lado luminoso de esa "hermandad de espíritus" -escritores, músicos, pintores...- sabios que exploraron los márgenes, que nos precedieron en su afán de componer una verdad hecha de pequeñas lucecillas que nos ayudan a encontrar nuestro camino en la oscuridad de esta noche sin verdades. Una novela que les enriquecerá e iluminará en muchos sentidos y que les hará temblar de principio a fin, como ante la contemplación de un atardecer o ante esa extraña impresión del rayo verde-realidad o espejismo, grieta entre mundos- que nos deslumbra un instante justo antes de extinguirse.

(\*) Texto leído en la presentación de la novela en Los Llanos de Aridane, el 17 de octubre de 2019 ■

# Pared blanca subacuática

Raúl Artilles extiende sus dibujos sobre las paredes de la SAC



La exposición *I was here* de Raúl Artilles, permaneció abierta hasta el pasado viernes, 25 de octubre, en la SAC Sala de Arte Contemporáneo, Santa Cruz de Tenerife. En esta muestra "el artista extiende sobre el muro las sobredimensionadas imágenes, que se sitúan en la sala como una toalla que separa el cuerpo de la arena caliente", se puede leer en un texto de la sala escrito y firmado por Néstor Delgado.

ALBA GONZÁLEZ FERNÁNDEZ (\*)

*I was here* de Raúl Artilles

Esa ventana transparente, presente en los modelos más divertidos de flotador, permitía ver lo que se escondía bajo el plano flotante, convenientemente aislado, de la colchoneta: el fondo. A veces el predecible de la piscina; a veces el tan potencialmente aterrador como fascinante del mar.

La ventana no era, pues, parte de la colchoneta, sino todo aquello oculto bajo esta. El velo de incertidumbre que era la superficie del agua se hacía a un lado y esa pequeña mirilla se encargaba de hacer emerger todo ese mundo oculto que los usuarios de flotador sin ventana no podían más que ignorar.

Así, cuando miro por el ventanuco de una de las muchas colchonetas a carboncillo que Raúl Artilles muestra en *I was here* -en la SAC-, lo que veo es la pared blanca de la sala de exposiciones, y me pregunto hasta qué punto la situación de estos hinchables en dos dimensiones, a la deriva sobre el cubo

blanco, puede llegar a parecerse a la de sus semejantes acuáticos. Hasta qué punto el muro sobre el que se sitúan está emparentado con la imponente masa de agua.

Y, de pronto, esta reflexión se ve interrumpida por pedazos de tobogán acuático en medio del espacio, las principales piezas turísticas de esta exposición; pues a pesar de contener numerosos dibujos de *souvenirs*, monumentos, quemaduras solares y caídas causadas por el alcohol, son estos pedazos de tobogán los que han aterrizado en la muestra; en un lugar al que no pertenecen, pero al que han llegado porque alguien ha dicho que es de obligada visita. Un espacio sobre el que, si pudieran hablar, podrían decir *I was here* ("yo estuve aquí"), con la misma trascendencia que esto implica para un turista común.

Sin embargo, un vistazo alrededor da rápida cuenta de aquellas obras que sí "están aquí", de esa manera en que se vuelve innecesario mencionarlo: el artista extiende sobre el muro las

sobredimensionadas imágenes, que se sitúan en la sala "como una toalla que separa el cuerpo de la arena caliente" (según tomo del texto de sala escrito por Néstor Delgado). La pared, antes superficie del agua, se torna entonces sílice abrasadora que las telas decoradas con tigres, billetes y palmeras -ahora plasmadas sobre papeles de una extensión que podría haber secado a seis bañistas- consiguen cubrir, protegiendo al público del sofocante vacío blanco. Vacío que pronto vuelve a su estado líquido, y se deshace de su solidez mediante oleajes de carboncillo de más de tres metros de altura, estelas de lancha que violentamente lo parten en dos, y remolinos de caída vertiginosa.

Así, todo deshecho por la implacabilidad del agua, despojados de salvavidas y ya incapaces de flotar triviales en la superficie, nos hundimos en espiral, intentando seguirle la pista a un aquí en el que, supuestamente, en algún momento estuvimos.

(\*) Alba González Fernández es artista ■